



Afortunadamente uno de los miedos que nunca puede padecer un arquitecto es el miedo al papel en blanco. Así es, ese proceso tan complejo de infinitas variables que significaría proyectar desde la nada, no existe cuando hablamos de arquitectura.

Cada vez que nos enfrentamos a un nuevo proyecto, inconscientemente tendemos a aquel tipo de arquitectura que se nos hace más cercana, con la que nos sentimos más cómodos, y éste depende en gran medida de nuestras experiencias, de ese proceso de enriquecimiento, aprendizaje y cambio que nos acompaña durante toda nuestra vida. Sin embargo otro factor que rompe con mayor fuerza la utopía del papel en blanco es el lugar, entendido en su sentido más amplio. Desde mi punto de vista, saber interpretar el contexto en que se trabaja es una responsabilidad para todo arquitecto y al mismo tiempo uno de los pilares fundamentales de cualquier buen proyecto de arquitectura. La sociedad de hoy en día parece aceptar en muchas ocasiones que hagamos muchas cosas simplemente por el hecho de poder hacerlas, sin embargo desde una perspectiva arquitectónica parece mucho más sensato elevar nuestra mirada más allá de ideas preconcebidas, observar el contexto que nos rodea y hacer lo que sea más adecuado para él.

Son muy numerosos los parámetros que definen un determinado lugar: el clima, los habitantes, los modos de vida, la cultura arquitectónica, el entorno urbano, el paisaje... Jerarquizar el peso de cada uno de ellos y en base a ello decidir cuál debe ser su escala de estudio es, en ocasiones, un trabajo complicado y casi artesanal pero que creo que va de la mano del carácter analítico y reflexivo que se le supone a nuestra profesión.

Trasladar estas ideas, que a priori parecen sencillas pero que encierran un gran valor, a un centro de educación infantil para la población de Benaguasil fue el objetivo que marcó las primeras fases de este proyecto.